



Johann Theodor de Bry / América / 1617

Los Wuanai, guerreros indígenas Venezolanos

The Wuanai, indigenous Venezuelan warriors

Recibido: 15-10-2018
Aceptado: 07-11-2019

Kellys García¹
Liceo Simón Bolívar
San Cristóbal, Venezuela
majayura21@gmail.com

Masacre, asesinatos, violaciones fueron entre otras muchas atrocidades, el precio que tuvieron que pagar los indígenas de latinoamerica por participar en las batallas en contra de la mal llamada conquista española. Según los historiadores, más de 400 mil indígenas eran anualmente exterminados. Sin embargo todo no fue triunfos para los españoles, hubo noches oscuras donde también perecieron derrotados.

Todo aquí no es una verdad absoluta, son preguntas y la voz de una indígena que habla por muchos guerreros, de los que existieron en

1. Indígena de la Etnia los Wunai del Estado Bolívar Venezuela. Licenciada en Educación Universidad de Los Andes. Magister en Literatura Latinoamericana y del Caribe. Universidad de Los Andes. Promotora Cultural de la Fundación Púrpura Poesía y Trueque de Libros San Cristóbal.

este país y que la historia o su gente se encargaran de redimir.

En uno de los muchos viajes que he realizado en carro desde la ciudad de San Cristóbal, hasta Puerto Ayacucho, Estado Amazonas en el mes de diciembre, en sus casi 20 horas de distancia nos encontramos con la población de los Wuanai, etnia indígena Venezolana descendiente de los Caribes y que vive rodeado de una inmensa sabana, entre el caño Caripo y el río Villacoa, afluentes del río Orinoco, y en todo el centro de su comunidad, como si fuera un templo ancestral, un gran cerro de piedra duro y negro imponente.

Allí sentada en su chinchorro en el solar, bajo un inmenso árbol de mango longevo, me encontré una tarde del 20 de diciembre, con Petra García la abuela y la sabia de la comunidad, quién a sus 90 años, con total lucidez levantó sus brazos y me dijo firmemente: “Aquí nací en estas tierras que me regalaron mis ancestros, y aquí viviré hasta que mis padres me vengán a llevar”.

“Han pasado los años y muchos de mis hermanos han dejado el guayuco y su guayare, para vestirse con jeans y franelas, han dejado sus casas de barro y palmas de moriche, para vivir en casas de cemento y ladrillo, gran parte de ellos han dejado sus familias, para vivir en la ciudad con los criollos, y aunque llevan muchos años afuera siempre van a extrañar esta tierra que los vio nacer”.

Y continua la abuela, pero antes de comenzar, agarró de su totuma que estaba en el suelo, una cucharada de ají picante, le echó mañoco con agua, se lo tomó, y los masticó sin mostrar ningún gesto de incomodidad en su rostro, y dirigiendo su mirada hacia el cerro, respiró profundo, lentamente, con voz baja y pausada, comenzó diciendo:

“Hace muchísimos años esta misma historia se repitió, me dijo, yo estaba muy niña cuando mi mamá me la contó camino al conuco, donde ibamos a buscar caña de azúcar para hacer el guarapo de los padres de nosotros, eso fue una tarde cuando el sol bajaba y era menos fuerte para andar y nos alumbraba menos la cara. Recuerdo esa caminata como si fuera hoy, mi madre me dijo:-Aquí en la comunidad para el año 1800 vivió un viejo fuerte y guerrero, Paulino Sandoval, él era un hombre que tenía muchas mujeres, porque así lo decretaban las creencias, él podía por su fuerza y destreza para pescar y cazar



para toda su familia, tener hasta tres esposas, y era ese mismo espíritu combatiente, lo que lo hizo participar en varias oportunidades en batallas en contra de los españoles, para resguardar las tierras y la paz en éstas sabanas. Un día venía huyendo por los ríos del Soapure, perseguido por los españoles, que los querían matar porque él y los demás Wuania se resistían a trabajar con ellos, pasaron meses escondiéndose y para eso del mes de abril, cuando el verano era muy fuerte, allá detrás de esos cerros, justo en ese centro, está el Cerro Castillito entre los ríos parguaza y Soapure, en esa planada de sabana, cuenta la historia de los abuelos, que Sandovalito y todos los indígenas que lo acompañaron, sirvieron de guía y lucharon con flechas y lanzas en un ataque sorpresa, al mando de Simón Bolívar y José Antonio Páez en contra del Fortín del Español San Francisco Javier de Marimarota, una guerra que duró semanas y que cobró la vida de muchos hermanos Wuanai, muchos de ellos tuvieron que emigrar cerro adentro porque los asesinaban si los encontraban, pero ellos seguían luchando porque Simón Bolívar, quién decía ser el Libertador de Venezuela, los convenció, prometiéndoles a cambio de su lealtad la libertad y gloria. Fue una lucha sangrienta y despiadada pero el conocimiento de territorio, hizo que los Wuanai, junto al ejército de Bolívar tomaran ventajas, y en una emboscada a punta de rifles, flechas y cerbatanas y sobre todo la gallardía de los indígenas, lograran derrotar al enemigo de ese momento. Pasaron días para recuperarse y volver de cerro adentro y Simón Bolívar los volvió a reunir, y les dijo: Como reconocimiento de su valiente ayuda por la causa independentista, les entrego un cajón de monedas de oro, caballos, y comida; pero Paulino Sandoval las rechazó, diciéndolo, que él lo que quería era seguridad y paz para su familia. Simón Bolívar sorprendido por su respuesta le preguntó: -¿Qué es lo que quieres entonces? -y éste le contestó yo solo quiero tierras para hacer nuestros conucos y vivir libres. Fue así como Simón Bolívar pensativo y tomando la determinación, lo hizo caminar hasta lo más alto del Cerro Negro, en la cima de esa gran montaña y tomándole de los hombros, le señaló, hasta donde tú mirada alcance a ver, hasta allá, serán estas tierras tuyas, de tus hijos y las generaciones futuras, vive en



ellas, trabajenlas y defiendalas de todo enemigo que quiera venir a despojarselas, hizo llamar a el General José Antonio Paez, quién también les regaló, una lanza y una espada, junto a los documentos de las tierras, que los hizo dueños absolutos de un basto territorio, que correspondía casi 30 mil hectáreas de tierras. Pasaron muchos años me dijo mi mamá, hasta que de nuevo, volvió la desgracia del ave negra a oscurecer los cielos de la comunidad, el documento de las tierras se quemó por el incendio en la churuata del abuelo ya septagenario Sandovalito Bastidas, él hasta sus últimos días, siempre vivió con esa preocupación y enseñándole a las nuevas generaciones, el cuidado de las tierras. Un día su alma trascendió y sus restos fueron llevados al Cerro de los Muertos, ahí sigue su espíritu y su legado, un indígena guerrero que fue ejemplo para todas sus hermanos Wuanai”.

La abuela Petra se agarró fuerte de un palo de madera que hacía las veces de bastón, se levantó y me dijo: -Mire allá, en aquella churuata, vive uno de sus bisnietos Simón Bastidas, el Capitán de la comunidad y él aún conserva la espada y la lanza, porque es la única prueba que tenemos para mostrarles a todo los criollos, que quieren saber por qué seguimos viviendo aquí, después de tantos años.

Ese día no hubo despedidas, ni bendiciones, solo era la matrona de la comunidad, la Chamana; Ella era mi abuela, la que ví alejarse, caminando, y su cuerpo se iba perdiendo entre la sabana, danzando, y a lo lejos su largo cabello blanco, se iba difuminando con el crepúsculo del atardecer.

